

**ILCL**  
**INSTITUTO DE**  
**LITERATURA Y**  
**CIENCIAS DEL**  
**LENGUAJE**



**PONTIFICIA**  
**UNIVERSIDAD**  
**CATÓLICA DE**  
**VALPARAÍSO**

**REAFIRMACIÓN DEL SUJETO FEMENINO NEGRO**  
**EN *LUCY* DE JAMAICA KINCAID**

**SEMINARIO PARA OPTAR AL GRADO DE LICENCIADO EN**  
**LICENCIATURA EN LINGÜÍSTICA Y LITERATURA**  
**(MENCIÓN LITERATURA HISPANOAMERICANA)**

**ALUMNA: VANIA LIMARÍ CHAPA**  
**PROFESORA GUÍA: ANA RIVEROS SOTO**

**VIÑA DEL MAR, JULIO DE 2020**

## **Resumen**

El presente estudio pretende examinar la reafirmación del sujeto femenino negro en Lucy (1990) de Jamaica Kincaid. La novela da cuenta del rechazo férreo por parte de la protagonista a los sistemas sociales hegemónicos del patriarcado y predominio del hombre blanco, rechazo que se representa mediante algunos personajes y diversos códigos que los personifican y encarnan, los que la protagonista es capaz de reconocer e identificar desde su infancia. De este modo, la protagonista se reafirma a sí misma como sujeto femenino negro de manera constante, construyendo e incorporando así, mediante un relato ficcional, las características de dicho movimiento.

## **Conceptos clave**

Patriarcado, negritud, colonialismo, sujeto, percepción, feminismo negro.

## Introducción

El presente trabajo tiene como objetivo dar cuenta del proceso por medio del cual se representa la reafirmación del yo femenino negro en la novela *Lucy* (1990), relato de carácter autobiográfico de Jamaica Kincaid (Antigua y Barbuda, 1949), en la cual se narra la experiencia de la joven Lucy, quien abandona su isla de origen para trabajar en Estados Unidos como *au pair*. Sobre el carácter autobiográfico de la novela, “Jamaica Kincaid da un paso más en el desarrollo de la autobiografía contemporánea. Prácticamente la totalidad de la narrativa de Kincaid puede entenderse como ficción autobiográfica” (Sánchez-Pardo 185).

Lucy, como protagonista de esta novela, busca constantemente reafirmarse a sí misma como mujer de raza negra a través de las siguientes claves: el rechazo hacia la figura materna como entidad que reproduce paradójicamente las normas del sistema patriarcal; la ruptura con su cultura de origen, en cuanto esta se encuentra normada por pautas esencialmente de orden colonial y patriarcal; la manifestación constante de la emocionalidad y sensibilidad por parte de la protagonista; y las formas opuestas de percepción del mundo desde el punto de vista del sujeto femenino negro y blanco, estableciendo comparaciones entre el personaje de Mariah y ella.

El foco del relato reside en lo que el personaje central, Lucy, siente como mujer joven y de raza negra; evita hablar de su madre y del conflicto que mantiene con ella, el que es representado por medio de la invisibilización de las marcas de la colonia y de todo aquello que busca dejar atrás. De este modo, “[...]las cuestiones de género se cruzan con las de clase y raza y a menudo recurren a modos autobiográficos, como es el caso de *Lucy* [...]” (Almeida 144), novela en la cual Kincaid retrata de manera ficcional algunos elementos de su propia experiencia.

Como hipótesis y propuesta de lectura, la novela *Lucy* contribuye a la construcción y visibilización de un feminismo negro a través de la reafirmación del sujeto femenino por medio de la manifestación constante de emociones, sensibilidades y deseos, anhelos de libertad y posibilidades de desarrollo, lo que implica incluso el disfrute libre de la sexualidad y de la adquisición de lo material como representación de su independencia y autosuficiencia como mujer; la ruptura con la figura materna y su cultura de origen, elementos que representan la ruptura con los pilares centrales del sistema patriarcal y el colonialismo; y la distinción entre el sujeto femenino negro y blanco, por medio del contrapunto que ofrece la novela entre la cultura caribeña afrodescendiente y la cultura norteamericana blanca. De este modo, se pretende analizar y visibilizar las marcas del feminismo negro presentes en la novela a través del rechazo hacia ciertos elementos o personajes que encarnan la patriarcalidad o el colonialismo, así como también a través de la contraposición de dos personajes femeninos que representan dos formas distintas y opuestas de sentir y percibir el mundo dependientes de elementos contextuales y experienciales.

### **Reafirmación del yo desde lo femenino**

En la novela *Lucy* (1990) de Jamaica Kincaid es posible reconocer constantes referencias implícitas en torno a la construcción y reafirmación de un sujeto femenino que desea legitimarse a través de ciertas prácticas manifestadas en la novela. Respecto a ello, en el marco de los estudios de género, Judith Butler, en su conocido texto *El género en disputa* (1990), plantea lo siguiente:

El problema del «sujeto» es fundamental para la política, y concretamente para la política feminista, porque los sujetos jurídicos siempre se construyen mediante ciertas prácticas excluyentes[...]. En definitiva, la construcción política del sujeto se realiza con algunos objetivos legitimadores y excluyentes [...] (Butler 47).

En palabras de Butler, la construcción del sujeto es un problema fundamental en la política feminista, construcción que se lleva a cabo a través de elementos que la legitiman y de prácticas excluyentes. El sujeto masculino patriarcal se legitima a través de la exclusión de todo sujeto que no pertenezca a su categoría para levantar el sistema que rige la sociedad, este es el patriarcado. El rechazo al patriarcado constituye una respuesta a la dominación masculina en el orden social, con el objetivo de quebrantar la jerarquía de este orden imperante y excluyente.

Sin embargo, existe una problemática atribuida a la concepción de sujeto. Butler (1990), apoyándose en palabras de Foucault, plantea que el sujeto se forma a partir y en base a las estructuras políticas frente a las cuales desea posicionarse y, por tanto, cumple ciertos rasgos al interior de estas estructuras que le permiten concebirse como sujeto. A raíz de lo anterior “el sujeto feminista está discursivamente formado por la misma estructura política que, supuestamente, permitirá su emancipación” (Butler 47), lo cual significa que la misma estructura política sienta las bases para la construcción de este sujeto. Como segundo punto, es pertinente analizar la etimología de la palabra “sujeto” mediante la cual se consigna que el término proviene del latín *subjectus* y significa *sujeción o sometido*. Ambas concepciones se enlazan con lo anteriormente mencionado, puesto que el sujeto está siempre sometido o sujeto al marco político en el cual se inserta para conformarse como tal y esto se lleva a cabo en base a ese marco político y social, en otras palabras, se *somete* a él. Respecto a cómo se legitima un sujeto oprimido, Julieta Kirkwood en *Ser política en Chile* (1982) afirma que “[...] un grupo oprimido se torna en sujeto de su contracultura cuando ha tomado conciencia de sí mismo, cuando surge la necesidad de su propia identidad” (Kirkwood 63).

A raíz de los planteamientos anteriores, es posible observar en el personaje de Lucy, la protagonista de la novela de Kincaid (1990), una necesidad constante de

reafirmarse como sujeto femenino mediante el rechazo radical al sistema patriarcal que no quiere reproducir, lo cual es personificado y mediante la figura de su madre.

[...]Cuando mis padres se casaron, él era viejo y ella joven, lo cual les convenía a ambos, pues ella tendría a alguien que la dejara en paz sin perder prestigio ante las demás mujeres y él tendría alguien que lo cuidara en la vejez. No era una situación que yo deseara tomar como ejemplo, [...] mi madre se había preocupado más por su tranquilidad que por su felicidad (Kincaid 56).

En este sentido, Marta Fontenla (2008) define el concepto de patriarcado “a partir de *La creación del patriarcado* de Lerner (1990)” como “la manifestación e institucionalización del dominio masculino sobre las mujeres y niños/as de la familia y la ampliación de ese dominio sobre las mujeres en la sociedad en general” (Fontenla 1). La noción de patriarcado hace referencia, por ende, a una sociedad dominada por el orden masculino en cuanto a estereotipos de género, no necesariamente como sexo, puesto que una de las características principales que forma parte de esta conformación de la sociedad es la *heteronorma*, concepto definido por Fontenla a partir de la obra de María-Milagros Rivera Garretas, *Nombrar el mundo en femenino* (1994) como “institución de la heterosexualidad obligatoria [...] necesaria para la continuidad del patriarcado, ya que expresa la obligatoriedad de la convivencia entre varones y mujeres[...]” (Fontenla 1-2); lo anterior, con el propósito de disponer la heterosexualidad como única forma de unión sexual-afectiva viable para el desarrollo de la sociedad. En la novela de Kincaid, el personaje de Lucy rechaza de forma radical esta dominación de lo masculino por sobre lo femenino propio del sistema patriarcal, es decir, la *heteronorma patriarcal*, fenómeno que ejerce poder por sobre el sujeto femenino e impone la obligación de la pareja heterosexual monógama estable con el propósito de reproducir los patrones heteronormados dispuestos por el patriarcado. Lucy no presenta conflictos identitarios respecto a su heterosexualidad, con lo cual la

institución de la heteronorma se presenta en ella únicamente en el ámbito de elección libre de la pareja y de la naturaleza de la relación.

Tal como se manifestó con anterioridad, Lucy muestra un rechazo radical hacia el orden del patriarcado, aspecto que manifiesta por medio del alejamiento que establece con un sujeto de primera relevancia en su vida: su madre. Lucy, a lo largo de la novela, manifiesta un rechazo explícito a la figura de su madre, en cuanto en el relato se hace referencia constantemente al conflicto con ella, conflicto que se plantea y revela a lo largo de la novela de modo muy paulatino. Parece ser que recurrir a la figura de su madre es algo habitual en la narrativa de Kincaid, puesto que Vilches (2003) en su texto *De(s)madres o el rastro materno en las escrituras del Yo*, menciona que “la escritora se aprovecha del ritual confesional, de la autobiografía, y de la madre para armar su textualidad. [...] Las páginas relatan la construcción de un Yo que se piensa obsesivamente en relación con sus otros, y sobre todo, con su otro fundante” (18-19).

En un primer momento, Lucy deja entrever poco a poco que subsiste un complejo trance en la relación madre-hija, no obstante, evita hablar de los motivos; precisamente esta forma de aludir/eludir a la vez el conflicto, pero aún así rechazar el contacto con su madre constituye una forma de no hacer referencia directa o explícitamente del patriarcado, pero aún así rechazarlo. Lucy, a lo largo de la novela, no hace ninguna mención explícita al sistema patriarcal, pero las dificultades de la relación con su madre constituyen una alegoría al respecto, debido a que este personaje representa los valores patriarcales, tal como se expresa en la novela:

[...]yo iba de un sitio a otro con cartas de mi familia y mis amigos arañando mis pechos. Guardaba las cartas en el sujetador y las llevaba a todas partes conmigo, pero no como símbolo de amor y añoranza, sino todo lo contrario, por un sentimiento de odio. No era tan extraño, ¿acaso no hay un paso del amor al odio?” (Kincaid 15).

En la cita anterior, Lucy atribuye al hecho de portar esas cartas un sentimiento de odio, de animadversión. La joven no habla directamente de su madre en este primer

punto, sino que menciona a un círculo más amplio de personas que fueron cercanas a ella en su isla de origen, y se asume que entre las cartas de estas personas se encuentra una escrita por su progenitora. Este sentimiento de animadversión y desagrado se refleja en varios momentos a lo largo de la novela tal y como se refleja en el siguiente fragmento:

Todas las Nochebuenas, mis padres solían ir al cine a ver una película en que Bing Crosby cantaba a voz en cuello enterrado en la nieve hasta la cintura. Mi madre una vez me contó que en una de sus primeras citas con mi padre habían ido a ver esa misma película, y cuando me lo dijo, yo sentí que ya ni siquiera me gustaba su forma de hablar (Kincaid 16).

La cita anterior pertenece a uno de los primeros momentos en los que Lucy hace mención del sentimiento de rechazo y desagrado que siente hacia su progenitora, incluso hacia su forma de hablar, hacia su voz e incluso su lengua como elemento identitario, ya que es “en y por el lenguaje como el hombre se construye como *sujeto*; porque el solo lenguaje funda en la realidad, en *su* realidad que es la del ser[...] (Benveniste 180). Como se dijo anteriormente, la protagonista no realiza lo anterior explicitando cuál es el conflicto ni explicando el deterioro de la relación, simplemente apunta que “ya ni siquiera le gustaba su forma de hablar” (Kincaid 16), omitiendo hablar del conflicto aludiendo al desagrado frente a la palabra de su madre y de las razones para que este conflicto exista. Otro de los momentos en los cuales Lucy expresa la existencia de un problema latente con su progenitora ocurre en el siguiente fragmento de la novela: “Aquel día yo recibí la décima carta de mi madre que no contestaría, pues tal y como había hecho con las nueve anteriores, ni siquiera abrí el sobre” (Kincaid 53). Este momento breve plantea, en pocas palabras, que no desea ni siquiera leer lo que su madre le escribe, mucho menos enviarle una respuesta, al rechazar cualquier contacto con ella. Esto constituye una supresión de la voz de su madre, ya que no la escucha ni la lee, lo cual no permite a la progenitora anunciar nada:



En aquel momento tenía en mi habitación una colección de diecinueve cartas sin abrir, una por cada año de mi vida. Había pensado en abrirlas sólo para quemarles los cuatro vértices y enviárselas de nuevo, sin leer, pues había leído en alguna parte que aquel era un símbolo para rechazar a un amante. Sin embargo, no me atrevía a acercarme a ellas. Sabía que si leía cualquiera de aquellas cartas, me moriría de añoranza por mi madre (Kincaid 63).

En el fragmento anterior, el término *rechazo* es explícito en la narración, asociada a la figura materna. Sin embargo, una de las razones por las que Lucy suprime la voz materna es también para evitar el dolor y la nostalgia que ello le produciría debido que, a pesar rechazarla, cierto afecto por su progenitora sigue estando presente. Lo anterior, como alegoría del sistema patriarcal, consiste en suprimir la voz del patriarcado al hacer uso de las mismas herramientas de supresión que éste ocupa: silenciar a la voz del sistema patriarcal, pero de manera inversa al ser sujeto oprimido quien está se encarga de silenciar. Foucault, en *El orden del discurso* (1970), afirma:

El discurso, por más que en apariencia sea poca cosa, las prohibiciones que recaen sobre él, revelan muy pronto, rápidamente, su vinculación con el deseo y con el poder. [...] ya que el discurso [...] no es simplemente aquello que traduce las luchas o los sistemas de dominación, sino aquello por lo que, y por medio de lo cual se lucha, aquel poder del que quiere uno adueñarse (Foucault 6).

En otras palabras, el discurso está estrechamente vinculado al poder y Lucy, al tomar control de ese discurso, es capaz de acallarlo e imponer sobre él su propio discurso y su propio poder como sujeto oprimido frente a la personificación del sistema que ejerce esta opresión.

Una cita un tanto extensa de la novela permite dilucidar cuál es el conflicto que la protagonista tiene con su progenitora o, al menos, uno de los motivos que genera este quiebre:

Cada vez que nacía un nuevo hijo, mi padre y mi madre se decían el uno al otro con gran solemnidad que iría a la universidad en Inglaterra para convertirse en médico, abogado, o alguna otra profesión que le permitiera ocupar un lugar importante e influyente en la sociedad. A mí no me molestaba que mi padre dijera esas cosas de sus hijos, sus congéneres, y me dejara de lado. [...]; pero mi madre me conocía tan bien como se conocía a sí misma. En aquella época, yo incluso pensaba que éramos idénticas y cada vez que veía cómo sus ojos se llenaban de lágrimas al pensar en el triunfo de sus

hijos, sentía que una espada me atravesaba el corazón, porque a mí, su única hija idéntica, jamás me imaginaba en un escenario parecido ni en una situación remotamente similar. Entonces comencé a llamarla para mis adentros “la señora Judas” y a hacer planes para una separación que sabía que nunca sería completa (Kincaid 91).

El fragmento anterior es muy significativo para poder comprender por qué Lucy provoca una ruptura en su relación con su madre. En un primer momento, la joven señala que no es molesto para ella que su padre se refiera de esa forma respecto a sus *congéneres*, haciendo alusión directa al género que comparten sus hermanos y su padre, y comprendiendo por qué posee altas expectativas de sus hijos varones; bajo la lógica patriarcal, es el género masculino el que tiene derecho a una formación profesional y a convertirse en cabeza de familia. Sin embargo, la protagonista sí se siente afectada por sentires y comentarios similares que provienen de su madre, a la cual Lucy considera asemejarse, además de ser su congénere. Lucy desea que su madre sintiese el mismo entusiasmo por su futuro que su padre por sus hermanos y que proyecte en ella un futuro profesional; sin embargo no lo hace y eso se debe a un componente de género que sólo se explicita mediante la palabra *congénere*. Lucy, en su anhelo de apoyo materno, hace alusión implícita al concepto de *sororidad*, el cual se define como un “[...] pacto político de género entre mujeres que se reconocen como interlocutoras. No hay jerarquía [...]” (Lagarde 3). De esta manera, Lucy implícitamente señala esperar un vínculo de *sororidad*, de apoyo entre mujeres, que finalmente no se concreta. Esta hostilidad en la relación madre-hija se explica desde el psicoanálisis:

Freud considera que existe una fase anterior al Edipo que determina la relación entre madre e hija, cuya característica es la presencia de sentimientos ambivalentes –una combinación entre el amor y odio de la niña en relación a su madre, que casi siempre culmina en el odio. Las acusaciones y quejas de la niña en relación a la madre tienen el objetivo de enmascarar los sentimientos hostiles que ella nutre por el hecho de culpar a la madre por falta de pene, pues no puede perdonarla por esa desventaja (Souza 2014).

Lucy no debe esperar un futuro brillante, en términos de formación académica y profesional, y constituirse como sujeto independiente; debido a su género, su madre no

le atribuye las mismas expectativas que a sus hijos varones. Este hecho constituye la gran traición con la cual la protagonista justifica el quiebre intencional de los lazos con su progenitora. Las altas expectativas hacia el sujeto masculino en cuanto a futuro y cargos de poder y las expectativas descendidas hacia una mujer como componente central de la razón patriarcal constituyen el momento decisivo en el que la novela muestra de forma explícita cómo la progenitora de Lucy representa al sistema patriarcal al reproducir este tipo de pensamientos y prácticas asociados al mismo.

Le escribí una carta a mi madre [...]. En ella le preguntaba cómo podía haberse casado con un hombre que solo le dejaría deudas y que no había podido pagarse ni siquiera su propio funeral. Le señalé todas las formas en que se había traicionado a sí misma. Le dije que creía que también me había traicionado a mí [...]. Le recordé que toda mi educación había estado consagrada a evitar que me convirtiera en una puta y luego pasé a hacer una breve descripción de mi vida personal, ofreciendo cada detalle como prueba de que sus planes habían fracasado y de que vivir como una puta era bastante divertido[...] (Kincaid 88-89).

Aunque Lucy no mencione en su relato el concepto de patriarcado, es posible identificar referencias al mismo a través del relato de su experiencia de vida junto a su familia y, particularmente, junto a su madre a través de recuerdos, como se ha visto anteriormente a raíz de los relatos que ella expone sobre su infancia y su vida en las Antillas. Por tanto, este rechazo a la figura materna funciona como una relación metonímica para generar el quiebre y ruptura con el patriarcado.

A través también de este quiebre profundo y radical con su madre, Lucy asume una clara posición respecto a la sociedad, tanto en la que ella creció como en la que se inserta al llegar a vivir a Norteamérica, frente a lo cual decide que no desea tajantemente replicar el modelo en el cual se formó al asumir una postura crítica frente al mismo, llegando incluso a sentirse molesta cuando se percata de semejanzas entre ella y su progenitora: “—No soy como mi madre. [...] Ella y yo no nos parecemos en nada. Ella nunca debió casarse con mi padre ni tener hijos. No debería haber desperdiciado su inteligencia ni haber prestado tan poca atención a la mía” (Kincaid 86).

Cuando Lucy menciona que su madre no prestó atención a su inteligencia se refiere a las expectativas que poseía por el de sus hermanos y no por el propio. Acerca de esto, Julieta Kirkwood en *Feminarios* (1987) apunta a la concepción de que las mujeres no son aptas para el desarrollo académico, y la desmiente afirmando que “Los factores externos influyen la conversión de la inteligencia en rendimiento intelectual, lo que favorece a los hombres” (Kirkwood 33).

Es de esta manera que Lucy se reafirma a sí misma de manera constante, tomando a la figura materna como punto de referencia para establecer una posición fija frente a los acontecimientos de su vida y frente al mundo que la rodea.

### **Reafirmación del yo desde lo racial**

En *Lucy* (1990), se encuentra presente a su vez la noción asociada a un sujeto colonial negro femenino que se rebela contra el colonialismo a través del relato de su propia experiencia. Al respecto, Aimé Césaire en su *Discurso sobre el colonialismo* (1950) cuestiona los roles asignados al colonizador y a la barbarie, puesto que en su época la idea del colonizador como “civilizador de los pueblos salvajes” aún era bastante aceptada. Césaire habla desde su posición de sujeto negro colonizado, y desde este lugar resignifica el concepto de colonización al atribuir a los colonizadores las características de la barbarie:

[...] la colonización, repito, deshumaniza al hombre incluso más civilizado; que la acción colonial, la empresa colonial, la conquista colonial, fundada sobre el desprecio del hombre nativo y justificada por este desprecio, tiende inevitablemente a modificar a aquel que la emprende; que el colonizador, al habituarse a ver en el otro a la bestia, al ejercitarse en tratarlo como bestia, para calmar su conciencia, tiende objetivamente a transformarse él mismo en bestia (Césaire 19).

Frente a esto, Césaire concibe el concepto de colonización como “cabeza de puente de la barbarie de una civilización, de la cual puede llegar en cualquier momento la pura y simple negación de la civilización” (17). El autor comprende el proceso de

colonización como la ausencia inmediata de civilización del pueblo colonizador al llevar a cabo acciones violentas y represivas contra el pueblo colonizado. En relación a esta problemática acuña asimismo el concepto de *negritud*, noción que constituye una reivindicación de la raza negra a través del realce de su color de piel y de las raíces africanas.

De igual manera como acontece con la problemática asociada al patriarcado, la protagonista de la novela, Lucy, no hace mención a su color de piel hasta el término de la novela, mención que es única y llevada a cabo de una manera superficial, cosa que puede relacionarse a la libertad que va consiguiendo a lo largo de la novela, o de aquellos símbolos que ella considera propios de la libertad. Al comenzar a ser una mujer independiente, ya posee la seguridad para hacer alusión directa a su color de piel y no sólo de forma implícita al hacer mención constante de su lugar de origen, las Antillas. Junto a su mención de las Antillas, hace referencia a cultura y costumbres del lugar, sobre todo en contraste con la sociedad norteamericana en la que se ve envuelta al marcharse de su hogar. En una de estas menciones de su tierra, hace referencia directamente al contexto colonial:

Recordé un antiguo poema que me habían obligado a memorizar cuando era alumna de la Escuela Femenina Reina Victoria. Me habían hecho aprenderlo, verso a verso, para recitarlo ante un público de padres, profesores y compañeros. [...] La noche después de recitarlo, soñé una y otra vez que los narcisos que había prometido olvidar me perseguían por una estrecha calle adoquinada y que cuando por fin caía, agotada, se amontonaban sobre mí hasta que quedaba enterrada debajo de ellos y nadie volvía a verme nunca más (Kincaid 13-14).

En el fragmento anterior, Lucy cuenta una mala experiencia al ser obligada a recitar un poema que habla sobre narcisos, flores a las cuales ella, desde su tierra de origen, jamás ha visto antes. Estos narcisos producen este sentimiento de malestar al representar a la figura imperial, y la imposición de la propia cultura por parte del imperio sobre el territorio colonizado. Más tarde, la protagonista vuelve a hacer

referencia a los narcisos cuando Mariah, la señora de la casa en la que ella trabaja en Estados Unidos, la lleva a un prado lleno de ellos para que los conozca:

—Mariah [...], ¿se da cuenta de que a los diez años tuve que aprender de memoria un poema sobre unas flores que no vería en la vida real hasta cumplir diecinueve? En cuanto pronuncié aquellas palabras, sentí pena por haber colocado a sus amados narcisos bajo una perspectiva que ella nunca había considerado, una perspectiva de conquistadores y conquistados, una perspectiva de brutos que se hacían pasar por ángeles y ángeles retratados como brutos” (Kincaid 21).

Por un lado, mediante estas palabras, Lucy expone de manera muy explícita la visión de mundo impuesta por el sistema imperialista sobre los sujetos colonizados. Lo anterior se relaciona directamente con los planteamientos de Césaire y su resignificación de los conceptos de civilización y barbarie, en específico cuando Lucy hace referencia a “una perspectiva de brutos que se hacían pasar por ángeles y ángeles retratados como brutos” (Kincaid 21), para hablar del trato que los colonizadores daban a los sujetos que consideraban barbarie, fenómeno que Césaire coloca en tela de juicio al preguntarse quién es realmente el verdadero bárbaro. Por otro lado, Lucy demuestra desde muy pequeña la construcción de una conciencia del mundo que la rodea, rechazando las marcas del colonialismo de su entorno al personificarlas en la figura de los narcisos y en la lectura crítica que efectúa del poema al relacionarlos con conquistadores y conquistados.

Al avanzar el relato, Mariah y su familia se dirigen a una casa de campo a la que también acude Lucy en calidad de trabajadora y, para llegar a este lugar, el trayecto se realiza en tren. En esta escena, en el comedor del tren, se habla de la diferencia existente entre la posición social entre el sujeto blanco norteamericano y el sujeto negro colonial, a pesar de para este momento del relato aún no se realiza ninguna mención acerca del color de piel de los sujetos implicados:

Las demás personas sentadas en el comedor parecían parientes de Mariah, mientras que las que servían las mías eran iguales a mis parientes. [...] Mariah no parecía haber

notado lo que tenía en común con los demás comensales, ni lo que yo tenía en común con los demás camareros (Kincaid 23).

En este fragmento, Lucy da cuenta de la disparidad existente entre las situaciones de los sujetos pertenecientes a la colonia, los cuales disfrutaban de la comida y del viaje, y los colonizados, quienes asumen el rol de sirvientes de los mismos. Al evidenciar estas diferencias, Lucy implícitamente resalta las marcas de la época de la esclavitud negra que aún forman parte de la sociedad en la que se desenvuelve, donde un sujeto negro continúa viéndose sometido en servidumbre a un sujeto blanco. Y, a pesar de que ella posea una relación de amistad con Mariah, la mujer para cuya familia trabaja, sigue estando en una posición de servidumbre frente a ella.

Refiriéndose constantemente a su lugar de procedencia en las Antillas, Lucy no considera mencionar directamente colores de piel para reafirmarse a sí misma como mujer negra. Además de aludir constantemente a su vida en un territorio colonizado, Lucy se encuentra constantemente buscando espacios a los que pueda llamar propios dentro del entorno en el que desenvuelve, lo cual inevitablemente derivará en hacerse cargo de un departamento propio y en dejar de trabajar para Mariah, lo cual se traduce en desligarse de un rol subordinado de servidumbre frente a la supremacía blanca, a pesar de que su relación con Mariah pareciese ser más cercana a la amistad en vez de responder a dichas características.

### **Relevancia de los sentidos**

Desde el formalismo ruso se ha señalado que el propósito de la literatura no es el de comunicar sucesos o ideas por medio de la razón, sino fundamentalmente través de los sentidos. Selden (1987) menciona que, al alejarse el lenguaje de su sentido práctico, permite hacer ver la cosas de una manera diferente a como serían en la cotidianeidad, y

ello percibido a través de la propia subjetividad y percepción de una obra literaria concreta.

Lo dicho anteriormente está estrechamente relacionado con el concepto de *percepción*, vinculado a la forma de comprender el mundo que se plasma en el texto literario a partir de la construcción de personajes y la mirada expuesta en el discurso. Según Gadamer (1991), el concepto de percepción “no es recolectar puramente diversas impresiones sensoriales, sino que percibir significa, como ya lo dice muy bellamente la palabra alemana, *wahrnehmen*, «tomar (*nehmen*) algo como verdadero (*wahr*)»” (36). En otras palabras, significa que cada persona es capaz de visualizar, captar, significar diversos acontecimientos desde su propia realidad, desde su propio conocimiento y visión de mundo, e interpretarlos basándose en aquello.

Selden (1987) hace referencia, en estrecha relación con el concepto de percepción, el fenómeno denominado por Shklovsky como *extrañamiento*, el cual consiste, en sus palabras, en desautomatizar acciones cotidianas: mediante el lenguaje literario las acciones cotidianas se alargan, se prologan, *se extrañan*, con el propósito de prestar atención a elementos que comúnmente son pasados por alto por el carácter automático de dichas acciones. “[...] nunca podemos conservar la frescura de nuestra percepción de los objetos, ya que las exigencias de una existencia normal hacen que se conviertan en su mayoría en automatizadas” (47). A partir de esta consideración de la automatización de las acciones cotidianas, en el lenguaje literario pueden “extrañarse”; es decir, las acciones familiares se prolongan como si se tratase de una pausa temporal, se hacen cada vez más lentas, con el fin de reparar en ellas y en cada detalle de las mismas, dejándolas de percibir de manera automática.



Estos dos conceptos, percepción y extrañamiento, están sumamente presentes en el personaje de Lucy, en su forma de ver el mundo y explicar los diversos acontecimientos de su vida:

— Se acercan las vacaciones —dijo Mariah.

“Se acercan las vacaciones”. Debería haber estado contenta, pero por la forma en que lo dijo, daba la impresión de que estaba esperando un funeral. El cielo era gris e inclemente, la lluvia caía como clavos pequeños y duros; el sol brillaba a veces, pero débilmente, como si nos guardara rencor. Reparé en lo dura, fría y compacta que estaba la tierra, y lo noté porque a menudo me sentía tan mal que deseaba que se abriera y me tragara (Kincaid 98).

En la primera parte del fragmento anterior el concepto de *percepción* se ve reflejado con bastante claridad. Lucy analiza la forma en la que Mariah se expresa respecto a un acontecimiento específico. Ella pone atención hasta el más mínimo detalle de ese breve anuncio, fijándose no solo en las palabras en sí, sino en la emocionalidad ajena a la hora de decirlas. Esta manera de percibir de Lucy se muestra muchas veces a lo largo de la novela, donde estos juicios acerca de las personas con las que se rodea y sus diversos comportamientos son bastantes frecuentes. En la segunda parte del fragmento, tiene lugar la noción de *extrañamiento*, mediante el cual se busca extender las acciones cotidianas con el fin de contemplarlas en detalle. Lucy describe la escena en la que se encuentran con mucha claridad, realizando comparaciones y juicios de acuerdo a su propia percepción del mundo incluso a elementos tan sencillos y cotidianos como la dureza de la tierra o las gotas de lluvia al caer. En torno a estas apreciaciones corresponde al concepto.

Lucy es un personaje que constantemente hace alusiones a su emocionalidad a la hora de explicar un acontecimiento o de relacionarse con las personas de su entorno. Esta emocionalidad del personaje se aleja de la concepción de la emocionalidad femenina que posee el sistema patriarcal imperante, en la que se afirma que los hombres son seres racionales y las mujeres seres emocionales. Lucy percibe y entiende el mundo

a través de sus emociones, pero aún así siendo sumamente analítica y crítica con todo aquello que la rodea —lo cual podría entenderse como una *emocionalidad crítica*<sup>1</sup>—. Esto es lo que le permite al personaje aplicar juicios de valor respecto a las diversas situaciones en las que se ve envuelta o respecto a las personas presentes en su vida, y actuar en consideración a ello gracias a su forma sumamente detallista de recopilar la información que le parece relevante.

Esta *emocionalidad crítica* acompaña al personaje de Lucy desde su infancia; desde su niñez ha percibido el mundo que le rodea ejerciendo juicios desde su propia emocionalidad y percepción de las cosas:

Yo sabía que el origen de mi presencia en la isla, mi historia ancestral, era resultado de un acto deshonesto, pero eso no fue lo que me hizo ponerme de pie en la clase de oro a los catorce años en el colegio para decir que no quería cantar “Rige Bretaña, rige las olas, los británicos nunca, nunca serán esclavos”, porque yo no era británica y hasta no hacía mucho tiempo habría sido esclava (Kincaid 94).

En el fragmento anterior, Lucy cuenta cómo en su infancia se negó a cantar una canción que distaba mucho de representarla y con la cual no se sentía en absoluto identificada. Esta negación, además de la poca adecuación contextual de la canción en cuestión, surge de elementos de su propia percepción: “detestaba a los descendientes de los británicos porque eran feos, no cocinaban bien, usaban ropas horribles, no les gustaba el baile ni la buena música” (Kincaid 95). La *emocionalidad crítica* del personaje, que previamente ha emitido juicios de valor hacia un colectivo específico guiada por su percepción del mundo, la lleva a actuar de una determinada manera en consecuencia a ello.

De esta manera, Lucy es un personaje que durante toda la novela va demostrando esta *emocionalidad crítica* que la caracteriza, elaborando juicios de valor

---

<sup>1</sup> Concepto surgido en el transcurso del estudio. Se entenderá como la capacidad de una persona de tener una mirada crítica del entorno inmediato y del contexto en el que se encuentra a través de la emocionalidad y de la propia visión de mundo.

hacia diversas situaciones, lugares, elementos y otros personajes basándose en sus sentidos y en su forma de percibir el entorno en el que se mueve.

### **Contribución a la construcción del feminismo negro**

El feminismo negro consiste en una lucha constante contra lo que se denomina *negación*, negación del género femenino por parte del feminismo blanco heteronormado hacia las mujeres de raza negra, puesto que este movimiento busca una reafirmación de la mujer, pero únicamente la blanca de clase privilegiada. La autora bell hooks en su libro *El feminismo es para todo el mundo* (2000) aborda la problemática surgida en el movimiento feminista en torno a la raza, debido a que las mujeres negras consideraban necesario plantear esas problemáticas dentro del movimiento considerando las diferentes experiencias femeninas que poseían entre unas y otras basadas en su color de piel. En su ensayo afirma que las mujeres blancas que no deseaban evidenciar ni enfrentarse a las problemáticas que surgían de la diferencia racial “nos acusaban de traidoras por introducir la cuestión racial. De una manera injusta, pensaban que estábamos desviando la atención del género” (hooks 83). Bajo esta premisa de *negación* a las mujeres negras de hacerse cargo de temas raciales dentro de los movimientos feministas se les niega también el género femenino, pudiendo considerarse como “no mujeres”, debido a que el movimiento dominado por la supremacía blanca no contemplaba las feminidades que estuviesen fuera de sus parámetros. Es de este modo que empieza a conformarse un feminismo propio de la raza negra, surgido de la necesidad de hablar de la experiencia femenina desde una perspectiva racial.

Por otro lado, la activista afroamericana Angela Davis señala una importante diferencia entre la realidad de las mujeres negras en contraposición a la de las mujeres blancas, afirmando que “[...]las mujeres negras siempre han trabajado fuera de sus

hogares más que sus hermanas blancas. El inmenso espacio que actualmente ocupa el trabajo en sus vidas responde a un modelo establecido en los albores de la esclavitud” (Davis 13). Esto está estrechamente relacionado a lo señalado por hooks en el párrafo anterior y evidencia la necesidad de la construcción de un feminismo que incluyese temas raciales, puesto que las demandas femeninas de un sector y otro distan de ser las mismas debido precisamente a las diversas experiencias de vida que tienen como mujeres; mientras el feminismo blanco heteronormado demanda independencia económica y salida al campo laboral, las mujeres negras ya llevaban tras de sí años de historia de trabajos esclavistas (en épocas de esclavitud) o mal remunerados y, en muchas ocasiones, al servicio de gente blanca (en épocas posteriores).

Analizando la novela en el sentido desde una perspectiva performativa de la sociedad, *Lucy* responde a la necesidad de levantar un pensamiento femenino negro en respuesta al feminismo blanco heteronormado imperante. Kincaid en *Lucy* no hace referencia directamente a términos como el patriarcado o la raza, pero existe en el relato una toma de posición respecto de estos aspectos de la sociedad en la que la protagonista se inserta al dejar su país de origen. Hay constantes menciones hacia la experiencia materna, a la experiencia de pareja heterosexual desde una perspectiva femenina, y tomando la raza como elemento central en su forma de percibir a las personas. Capítulos anteriores, Lucy menciona que no le agrada que le pregunten de qué parte de “las islas” viene, omitiendo el nombre del lugar, y este es precisamente el motivo por el cual se siente atraída por un joven que no cuestiona su procedencia de la misma manera que las demás personas:

No dijo que fuera guapo y cuando lo vi por primera vez, yo tampoco supe si lo era; pero cuando me lo presentaron, lo primero que dijo fue:  
—¿De qué parte de las Antillas eres?  
Así es como comenzó a gustarme de verdad (Kincaid 46).

Sánchez-Pardo (2015), acerca de Lucy como personaje, manifiesta que ella se encuentra permanentemente buscando su propio espacio y emanciparse de todo aquello que la prive de libertad, afirmación que se manifiesta de manera explícita por parte de la misma Lucy cuando consigue su tan ansiada independencia: “Estaba sola en el mundo, lo cual era todo un logro; llegué a pensar que moriría antes de conseguirlo” (Kincaid 112). Sin embargo, esta libertad de la cual ahora goza se ve plasmada en diversos documentos que ahora posee, especialmente el de la adquisición de su departamento, el cual es la expresión máxima del espacio propio. Es en esta instancia, en este último capítulo del libro, donde Lucy menciona por primera vez el color de su piel:

Aquellos documentos lo decían todo sobre mí y al mismo tiempo no decían nada. Indicaban el lugar donde había nacido y también la fecha [...]. Indicaban mi altura y que mis ojos y mi piel eran del mismo color, marrón, aunque no aclaraban si las tonalidades eran idénticas (Kincaid 103).

El hecho de hacer constantes menciones de su lugar de origen pero no haber mencionado su color de piel directamente hasta el final de la novela representa la libertad que ahora posee, libertad de tener un espacio propio y de dejar de estar subordinada a diferentes figuras (su madre, la familia blanca para la que trabajaba). Es esta liberación la que le permite por fin hablar de su color de piel de manera natural. Este hecho se ve marcado también por el nombre que recibe el último capítulo, “Lucy”, evidenciando el rol protagónico que ahora tiene ella misma en su propia vida. Además de ello, el hecho de que la novela lleve su nombre también le da un rol central en su propia historia, en la cual su voz tiene peso y sus sentires son importantes. La misma novela en sí misma constituye uno de los espacios que ella permanentemente busca como propios, puesto que es un espacio de expresión donde no es coartada y donde puede exponer sin miedos todo aquello que para ella es relevante.

Con todo ello, Lucy contribuye a sentar las bases de un feminismo negro en construcción desde un hecho ficcionalizado, al contar la forma en la que una mujer

negra busca constantemente espacios que denominar propios y se reafirma constantemente desde su feminidad y su consciencia de raza, finalmente consiguiendo dejar de estar subordinada sobre todo a su lugar de origen (lugar de colonialidad) y a su madre.

## **Bibliografía**

Almeida, Denise. "Escribiendo desde el espacio Caribe: el caso de Lucy, de Jamaica Kincaid." *Tinkuy* 2010: 143-155.

Benveniste, Émile. *Problemas de lingüística general*. México: Siglo Veintiuno Editores, 1997.

hooks, bell. "Raza y género". *El feminismo es para todo el mundo*. Traficantes de sueños, 2017.

Butler, Judith. *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona: Ediciones Paidós, 2007.

Cèsaire, Aime. *Discurso sobre el colonialismo*. 1950.

Davis, Angela. "El legado de la esclavitud, modelos para una nueva feminidad". *Mujeres, raza y clase*. Madrid: Ediciones Akal, 2004.

Fontenla, Marta. "¿Qué es el patriarcado?". *Diccionario de Estudios de Género y Feminismos*. Editorial Biblos, 2008.

Foucault, Michel. *El orden del discurso*. Buenos Aires: Tusquets Editores, 1992.

Gadamer, Hans-Georg. *La actualidad de lo bello*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, 1991.

Kincaid, Jamaica. *Lucy*. Santiago: LOM Ediciones, 2011.

Kirkwood, Julieta. *Feminarios*. San Antonio: Ediciones Documentas, 1987.

Kirkwood, Julieta. *Ser política en Chile: Las feministas y los partidos*. Santiago de Chile: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, 1986.

Legrade, Marcela. *La política feminista de la sororidad*. Sestao: 2009.

Sánchez-Pardo, Esther. "Razón colonial, imaginario de-colonial y feminismos: Nancy Morejón, Jamaica Kincaid y la construcción de la identidad cultural en la poética del caribe". *Investigaciones feministas*. Madrid: 2015.

Selden, Raman. "El formalismo ruso". *La teoría literaria contemporánea*. Barcelona: Editorial Ariel, 2010.

Souza, Joana. "La relación madre-hija y sus efectos de devastación." *U.N.R Journal* 2014: 2033-2040.

Vilches, Vanessa. *De(s)madres o el rastro materno en las escrituras del Yo (A propósito de Jacques Derrida, Jamaica Kincaid, Esmeralda Santiago y Carmen Boullosa)*. Santiago de Chile: Editorial Cuarto Propio, 2003.